

Como citar este artículo:

Arias, D. H. (2014). Memorias de la guerra en Colombia. Relatos de una mujer excombatiente, 10, 207-224.

MEMORIAS DE LA GUERRA EN COLOMBIA. RELATOS DE UNA MUJER EXCOMBATIENTE

WAR MEMORIES IN COLOMBIA, STORIES OF A VETERAN WOMAN

DIEGO H. ARIAS GÓMEZ*

ELEUTHERA

Resumen

El presente artículo trata sobre una reflexión de la militancia político-militar de una excombatiente guerrillera, María Eugenia Vásquez, durante las décadas del 70 y 80 del siglo pasado, a partir de sus memorias publicadas, a manera de narración autobiográfica, en el libro *Escrito para no morir: bitácora de una militancia* (1998) y en otros de sus textos. Se rastrean las configuraciones de la subjetividad política de una mujer que evoca las motivaciones de su participación armada ilegal, las vicisitudes de su militancia y las razones de su desmovilización. Las cavilaciones de esta ex-guerrillera no solo hacen visibles los detalles de las opciones de muchos jóvenes universitarios de una generación que vieron en la lucha armada la vía expedita para transformar las profundas injusticias del país ante la clausura de otros medios de reforma, también ponen en evidencia la rígida lógica política de una insurgencia que marcó maneras de ser y de pensar de muchos colombianos, aún después de no estar vinculados a estas organizaciones.

Palabras clave: subjetividad política, militancia, socialización política, conflicto interno, narrativa testimonial.

Abstract

This article deals with a reflection of the political-military militancy of a guerrilla veteran woman, Maria Eugenia Vasquez, during the 70s and 80s of last century, from her memories published as an autobiographic narration in the book *Written not to Die: Log of Militancy* (1998) and other texts from her authorship. The political subjectivities configurations of a woman who evokes the motivations of illegal armed participation, the vicissitudes of her militancy and the reasons for her demobilization are tracked. The deep thoughts of this ex-guerrilla not only make visible the details of the options of many university students of a generation that saw in armed struggle expeditious a way to transform the deep injustices of the country to the closure of other means of reform. They also evidence the rigid political logic of an insurgency that marked ways of being and thinking of many Colombians, even after not being linked to these organizations.

Key words: political subjectivity, militancy, political socialization, internal conflict, testimonial narrative.

* Docente asociado Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencias y Educación. El presente texto es producto del seminario doctoral titulado "Memorias de la violencia política y narrativa testimonial: lecturas desde la historia cultural de la educación", dirigido por Martha Cecilia Herrera del Doctorado en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: dhariasg@udistrital.edu.co.

El conflicto colombiano es también un duelo de relatos. Cada actor tiene su versión, construye su relato desde su punto de vista como victimario, víctima, gobernante, político en acción, testigo pasivo u observador experto. Cada uno tiene su historia y busca los canales para legitimar la situación que ha conocido o vivido y las razones por las que ha actuado de determinada manera (Franco, Nieto y Rincón, 2010, p. 12).

Introducción

A principios de la década del noventa se concretaron en Colombia diversos procesos de paz que culminaron con la desmovilización de varios grupos armados (M-19, PRT, EPL, Quintín Lame, la Corriente de Renovación Socialista del ELN, las Milicias Populares de Medellín y el Frente Francisco Garnica). Este ambiente es propicio para visibilizar algunos testimonios de víctimas, victimarios y combatientes con varias publicaciones de circulación nacional¹.

Este fenómeno coincide, por un lado, con lo que postuló Carmen Ochoa (1998) en cuanto al surgimiento de la práctica literaria documental en América Latina a partir de los años sesenta, paralelamente a lo que se llamó el boom de la literatura latinoamericana y, por otro, también tiene que ver con lo que Andreas Hyussen (2007) afirmó sobre la intensificación de los discursos de la memoria en Europa y Estados Unidos en los ochenta, a propósito de las producciones activadas en un debate más amplio sobre el holocausto judío. Narrativas que, por lo menos, en Colombia, tienen sus raíces en un pasado de guerra, ya que según María Teresa Uribe estos han sido eventos trascendentales en el devenir de la nación que han provocado imaginarios de conflicto perpetuo,

de allí que resulte pertinente preguntarse cómo han incidido las palabras de la guerra en esas formas de imaginar la nación y de qué manera muchas narraciones y lenguajes configurados para otros momentos históricos se mantienen en el presente para justificar el uso de las armas o para reprimir a los rebeldes. (Uribe, 2004, p. 15)

Uribe rastreó en los periódicos, folletos, pasquines, proclamas y discursos del siglo XIX, la retórica y la poética de la guerra, la una para convencer y la otra para conmovir frente a la necesidad de justificar o emprender la lucha armada en diferentes momentos históricos. En este punto, vale la pena destacar el papel de académicos, periodistas y literatos en lo que se podría denominar una 'hermenéutica de la violencia' (Zuleta, 2009), en la que la generación del conocimiento en la pluma de intelectuales hizo público el tema de la violencia, a la vez que

¹ Entre las diversas publicaciones encontramos las siguientes: Álvaro Valencia Tovar, *Testimonio de una época* (1993). Hebert Braun, *El rescate. Diario de una negociación con la guerrilla* (1998). Carlos Castaño, *Mi Confesión: Carlos Castaño revela sus secretos* (2001).

configuró los límites de su comprensión, escenario que estuvo marcado por una perspectiva que hizo visible por primera vez al pueblo, al otro.

La narración autobiográfica de María Eugenia Vásquez es de una ex-militante del M-19 que participó por 18 años en su dirigencia, origen y desarrollo. Luego de sufrir el exilio y la cárcel, decide reconstruir su historia como un ejercicio de monografía de grado en Antropología, tarea que había dejado interrumpida debido a su incorporación al movimiento insurgente. Este proceso se materializó en el libro *Escrito para no morir: bitácora de una militancia*, que ganó en su momento el premio testimonio del Ministerio de Cultura en 1998. La autora confiesa que su escrito fue una obra a contracorriente respecto a lo que representó la lucha guerrillera en el sentido de hacer pública su intimidad, hablar en primera persona, reconstruir lo cotidiano y darle valor a una práctica académica, aspectos poco valorados por las lógicas militares. Para ello —dice— se apropió del método de autoanálisis denominado *diario intensivo* desarrollado por el psicólogo Ira Progoff².

El relato de mi vida tiene los claroscuros propios de una construcción de memoria hecha desde el presente y basada en una serie de recuerdos y olvidos, de distorsiones que obedecen a ciertos patrones, y que finalmente, constituyen una imagen elaborada artesanalmente. Una artesanía que ofrecer a quienes leen la narración, los abstractos compañeros de viaje que interactúan conmigo por medio de sus preguntas al texto o sus discrepancias. Esa imagen recreada, seguramente re-tocada, contiene un amasijo de identidades que permitieron armar a la mujer que soy en la actualidad, e hicieron posible que yo renaciera mientras la confeccionaba. En mí, la memoria actuó como fuerza vital. (Vásquez, 1998, p. 271-272)

² Método de autoanálisis creado por Progoff de la escuela de Jung. De acuerdo a este enfoque, a través de la escritura, se facilita entrar en contacto con las **dimensiones personales, interpersonales y transpersonales** que conforman la vida de un sujeto con el fin de acercarse al conocimiento y aceptación de sí mismo y al descubrimiento de la dirección y el sentido de la vida. Este método es una iniciación a la escritura como medio para el **autoconocimiento y el desarrollo personal**. Una manera de mirarse, de hacer un alto en el camino y de centrarse en el presente. Recuperado de: <http://centroabierto.wordpress.com/cursos/expression-creativa/diario-intensivo-de-ira-progoff/>.

Por otro lado, según la autora, “la propuesta en mención se puso en práctica dentro del *Observatorio de Convivencia Étnica en Colombia* (1989) y con ella se han realizado varios trabajos de investigación. Entre ellos, figuran los de Tomás Eduardo Torres (1989), Mónica Espinosa (1994) y José Fernando Serrano Amaya (1994), así como uno derivado de ese esfuerzo, el que Mónica Espinosa realizó con el pintor indígena Benjamín Jacanamijoy (1995). En el trabajo titulado *Negué: música y vida*, Tomás E. Torres incursiona en su pasado para mostrarnos su *alma cultural*, como llama Jaime Arocha en la introducción a la herencia naguaseña que hizo de Torres un músico virtuoso. Mi autobiografía tuvo la misma intención de buscar en las experiencias pasadas, con especial atención en las representaciones iconográficas, esos rasgos específicos que constituían *la manera de volverse Eme* y tejerlos en un relato” (Vásquez, 1998, p. 273).

El uso de la memoria que exhibe la autora se inscribe en un trasfondo que posibilita la emergencia de relatos que guardan cierta distancia con sus experiencias pasadas, especialmente con la lucha armada, pero a su vez se enarbolan como guardianes de una memoria colectiva, de una tradición social crítica que, en momentos desde la insurgencia o desde el trabajo político amplio, abrazaron el ideal del socialismo como opción. En tanto expresión de un movimiento más amplio, testimonios como los de María Eugenia se refieren a las tensiones sociopolíticas de la época particular, ya que “pueden aportarnos una valiosa información sobre los códigos y los valores de las sociedades a las que se dirigían y sobre la función que en ellas desempeñaban los discursos sobre la violencia” (Peris, 2008, p. 13). En esta línea el documento expresa las complejidades propias de sectores poblacionales que después de la segunda mitad del siglo pasado simpatizaron con las vías armadas como estrategia de cambio social. En los 60, 70 y parte de los ochenta no era difícil hallar del lado de las críticas hacia el Estado y a la necesidad de confrontación del régimen, la lucha armada como solución viable a las injusticias de todo orden en los análisis y los manifiestos de grupos e intelectuales. Estas adhesiones pueden ser leídas en el continente como parte de la crisis del modelo desarrollista, el impacto de la Guerra Fría, la influencia de la revolución cubana y la clausura de vías democráticas de integración social. En todo caso, desde finales de los ochenta en adelante tal confluencia será escasa y si bien persistirá la crítica al Estado, la violencia armada como salida política a la crisis sufrirá un fuerte desprestigio y cederá paso a las alternativas democráticas de reestructuración. Aspecto que también debe interpretarse al tenor de la caída del socialismo soviético y de la crisis de la izquierda en general.

Hoy en día es muy pronto para hacer un balance exhaustivo sobre las dinámicas de las memorias de la violencia en Colombia dado que el conflicto persiste, pero es claro que para los noventa importantes sectores marcaron diferencia con los grupos alzados en armas y esa distancia con la violencia como vía expedita para el cambio permitió que testimonios como los de María Eugenia se hicieran públicos desde la sociedad civil e incluso desde el Estado.

El relato que plasmó la exguerrillera en el escrito es detallado, profundo, militante. Sobre la veracidad de su relato, este debe ser observado de acuerdo a las intenciones que explicitó una vez pasada su vivencia, al respecto escribió:

la memoria es cambiante, negocia sentidos con los posibles lectores. Contarme para otros, narrar mi vida con la intención de hacer un buen cuento, me llevó a buscar en los eventos pasados, más allá de la realidad, la construcción de un discurso con sentido. (Vásquez, 1998, p. 281)

Con su escrito, nos recuerda que escribir sobre el pasado no es una actividad inocente (Burke, 2000), es más bien una práctica intencionada, atravesada por interpretaciones y deformaciones

en pro de un objetivo específico. Los registros escritos también son intentos de persuadir y moldear la memoria de los demás.

La autora ofrece detalles de la rutina guerrillera, de las complejidades y avatares de la guerra, de los dramas humanos propios de su condición, de la situación política de la época y de las contradicciones internas de un grupo insurgente arriesgado y dinámico. Permanentemente, cruza su compromiso político con su ser de mujer y con sus opciones básicas. Se hace imposible separar lo político de lo privado, lo personal. La lectura de su obra es también el acercamiento a un país en unas décadas precisas, por el prisma de una excombatiente que busca dignificar el retrato de sus altibajos y rescatar la historia de una colectividad política y de muchas vidas que, según su lectura, “se pierden en la memoria y la historia oficiales” (Vásquez, 2000, p. 19).

Aunque *Escrito para no morir* abre y cierra con datos ajenos a su militancia directa, esto constituye la esencia de la obra y el referente a partir del cual se narra el antes y el después. La primera parte, su infancia, es contada como un aprestamiento político y afectivo para lo que después iría a venir. La última parte, su desvinculación, da cuenta de los múltiples atropellos existenciales que padece alguien que vive con los fantasmas de su pasado guerrillero. Sin embargo, no es posible catalogar este núcleo como un mito³ que determina la construcción de todo el relato, porque no se trata de un núcleo épico con héroes inmortales y todopoderosos, ni de gestas gloriosas y trascendentales, aunque por momentos algunos de sus personajes y parte de sus historias lo parecieran. Es más bien el centro en torno al cual giran los demás acontecimientos y con el cual se establecen permanentes vínculos y comparaciones, hacia dónde se caminó y de dónde se quiere partir, el lugar de los afectos y de las opciones, y el baremo con el que medirán las otras experiencias y proyecciones.

María Eugenia Vásquez dice asumir su reconstrucción como una responsabilidad política de compromiso con los que no están o que cayeron. “Y ése es mi propósito, el de dar a conocer al ‘M’ a través de mi historia [...] El momento de hacerla pública fue un momento de unión entre lo que yo había sido y lo que era” (Vásquez, 2000, p. 30). Enfatiza en este punto en una reconciliación con sus fantasmas: “en la medida que yo vivo, ellos viven” (Vásquez, 2000, p. 480).

Al respecto dice Flórez que,

Vásquez trata de mostrar que no había –ni hay– un único camino para la construcción de un estado-nación, que pudo –y puede– construirse de otra manera. Lo que se deriva de

³“En términos generales, lo que ocurre en el caso de esos mitos es que se eliden las diferencias entre el pasado y el presente, y las consecuencias no intencionales se convierten en objetos conscientes, como su el principal propósito de estos héroes del pasado hubiera sido producir el presente –nuestro presente–” (Burke, 2000, p. 84).

esto es que la historia nacional no sólo está conformada por los hechos que realmente ocurrieron, ni es un relato acumulado inconscientemente a lo largo del tiempo [...] Un estado [...] ya sea que encarne la voluntad general o busque el bien común, relega sistemáticamente al olvido las memorias individuales y de grupos minoritarios en tanto contradicen la construcción de un único sentido de nación. El resultado es que la verdad histórica —o la narración etnográfica— no se refiere sólo a hechos —verídicos— sino que además está ordenada —y selecciona hechos— en función de los valores de quien la narra o escribe. (Flórez, 2001, p. 348)

En tal sentido, como toda literatura testimonial, la obra de María Eugenia está cargada de un proyecto ideológico y se postula como pretendidamente representativo de un colectivo social y político (Ochando, 1998), aspecto que no es una pérdida frente a las pretensiones de objetividad que algunos lectores persiguen en los relatos sobre el pasado, más bien se aclara como un documento que toma partido en las disputas por la memoria del conflicto colombiano.

Raíces, influencias

El nacimiento de las guerrillas en Colombia, al igual que en América Latina, se explica por múltiples dinámicas externas e internas, dentro de ellas cabe mencionar la ilegitimidad del Estado materializada en un agudo, irresuelto y viejo conflicto agrario, la grave inequidad social, el histórico uso de la violencia como regulador de relaciones sociales y políticas, y la clausura de opciones políticas distintas a los partidos liberal y conservador que el Frente Nacional entronizó. En este sentido, va a ser lugar común la invocación de estos fenómenos en muchos testimonios y manifiestos guerrilleros. Frente a la profunda crisis del régimen, es comprensible los afectos que generó en importantes sectores sociales la lucha armada como opción legítima de cambio estructural. En este contexto se inscriben las decisiones y las apuestas descritas por María Eugenia y de tantos otros colombianos y colombianas que en las décadas del sesenta y del setenta expresaban sensibilidad social, contaban con herramientas para hacer una lectura crítica del país y querían emular los ejemplos de otros países revolucionarios.

La política en cabeza de los partidos tradicionales tampoco nos ofrecía posibilidades de transformación de la sociedad. Lo obvio era apostar al triunfo de la guerra revolucionaria como una posibilidad de cambio radical para que el poder estuviera en manos del pueblo. (Vásquez, 2000, p. 84)

Frente a la pregunta por los elementos de la vida que la llevaron a vincularse al M-19, María Eugenia responde que desde pequeña tuvo experiencias de contacto con la realidad de la

pobreza, aunque destaca experiencias sociales en el colegio y la universidad, dice que fue gracias al contexto: “fue el entorno el que obró en mí definitivamente” (Vásquez, 2000, p. 77). Su inserción al movimiento insurgente fue resultado del romanticismo propio de un proceso de compromiso creciente que emprendió con luchas políticas populares sobre todo en medios académicos y universitarios. La vinculación de María Eugenia a la guerrilla fue similar a la de innumerables hombres y mujeres que en la universidad pública se enamoraron de la utopía revolucionaria como una causa mayor que requería de cualquier sacrificio. En estas opciones van a ser paradigmáticas las figuras de Camilo, el Che, Fidel. Sobre ello afirma:

La universidad de la época veía en Camilo Torres, el cura guerrillero, un ejemplo del ‘ser consecuente’, un llamado a la práctica política directa en oposición a los debates teóricos. A la vez, el auge de los grupos armados en América Latina reforzaba la idea de participar directamente con las masas en la insurrección. (Vásquez, 2000, p. 65)

En su narrativa, destaca de su proceso socializador dos factores relacionados con su ser de mujer que le impulsaron a la lucha guerrillera: los retos que le imponían los demás y que siempre superaba, así como la familiaridad con las armas que desde niña tuvo. En su texto María Eugenia también menciona la participación en un grupo de teatro dirigido por miembros del Partido Comunista y lecturas críticas en medio del boyante movimiento social y político de los sesenta. En este punto es importante resaltar el papel del arte en la política para la época, que se ilustra con una abundante cultura militante a lo largo y ancho del país, en el que muchos colectivos de poesía, de música, de teatro y de arte en general hacían apología a la revolución armada de una manera explícita y contundente. Sobre ello evoca la autora:

se vendían Voz proletaria y Tribuna Roja, se repartían Crítica Marxista, Barricada, Sol Rojo y Fusil, se oían baladas, salsa y tangos, nos gustaban Violeta Parra, Carlos Puebla, Víctor Jara, Ana y Jaime, suspirábamos con Neruda, De Greiff y Benedetti, asistíamos a las presentaciones de los grupos La Candelaria, el TEC y el Teatro Libre. (Vásquez, 2000, p. 66)

En los setenta María Eugenia recuerda la influencia que ejerció la actividad en la Universidad Nacional y reconocidos libros de la revolución latinoamericana y del marxismo. La clausura de medios oficiales de participación política llevó a muchos jóvenes a acelerar sus opciones. Para la época “lo obvio era apostarle al triunfo de la guerra revolucionaria [...] Era necesario echar plomo para ser escuchado” (Vásquez, 2000, p. 50). Varios grupos guerrilleros contaron en sus fundadores, integrantes y activos colaboradores con no pocos universitarios convencidos de la justeza de su causa.

Afectividad y rol de mujer

Al hablar de la memoria cultural, la autora destaca el lugar de las fisuras y una de ellas, dice, se relaciona con la identidad de género. “Ser mujer, en un campo evidentemente masculino como el de los ejércitos, resulta muy conflictivo” (Vásquez, 2000, p. 18). En una dinámica muy autónoma, María Eugenia resalta la independencia de sus opciones políticas, al punto de adscribirse a un movimiento político-militar diferente al de su primer compañero sentimental, aunque admite que cualquier relación, en aquel momento, solo era posible con alguien comprometido políticamente. Deja en evidencia la segregación que como mujer sufrió al afirmar que sus opciones fueron menos valoradas que las de algunos de sus compañeros. Su primer matrimonio, afirma, se rompió porque “había una subestimación del papel de la mujer” (Vásquez, 2000, p. 270). Llega a expresar tanta carga con esta condición padecida que afirma que su realidad en la guerrilla no se diferenciaba de la que tuvo que asumir su abuela a principios de siglo.

Para la autora, el grupo insurgente no dejaba de ser un ejército y en esta lógica la fuerza y las jerarquías favorecían siempre el papel del hombre, las mujeres casi siempre eran relegadas a tareas socialmente tradicionales, pese a la retórica igualitaria y justiciera. La mujer para conquistar reconocimiento debía demostrar ser ‘verraca’, ‘macha’, temeraria y audaz en la guerra, valores supuestamente masculinos.

Vásquez reconoce que en la lucha guerrillera lo afectivo siempre se supeditó a las tareas que la organización demandó. Esta parece ser una constante en las organizaciones revolucionarias del continente, algunas de las cuales veían el triunfo en forma inminente y en las que renunciar a los afectos consistía en un simple aplazamiento temporal con los seres queridos. Existía la certeza absoluta del triunfo. Era común afirmar que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. La noticia de la muerte del hijo mayor pone a María Eugenia en crisis frente a esta convicción: “en ese momento, el mañana se desdibuja, no tenía referente real, toda mi renuncia quedaba sin fundamento, no era más que un vacío inmenso. Parecía mentira que tanto amor quedara huérfano de futuro” (Vásquez, 2000, p. 433).

Aunque en el M-19 tuvieron un papel destacado algunas mujeres en la dirigencia, también se dio discriminación y desconfianza, incluso entre las mismas mujeres. La autora recuerda su propia inseguridad por los celos, razón por la cual, en tanto líder, acudía a la seducción y al sentimiento maternal para convencer y convocar. La mujer en el guerrilla debía renunciar a muchas cosas en aras de los supuestos intereses superiores de la organización y de los varones. La soledad y la recarga de tareas y responsabilidades fue el precio que muchas militantes tuvieron que pagar para no renunciar a sus puestos de comandancia.

Nosotras estábamos siempre solas porque no había ningún hombre que soportara la idea de tener una mujer metida en la guerra, que le cuidara los hijos y que, fuera de eso, siguiera pensando que era una mujer maravillosa. (Vásquez, 2000, p. 437)

Vásquez dice que renunció a estar a la sombra de un hombre o a ser reconocida por su vínculo afectivo con un dirigente. Dice que empezó realmente a sentirse mujer cuando dejó la militancia.

Así como luchó contra la idea de tener una pareja permanente, también lo hizo contra el rol tradicional de madre. Aunque la presión social era fuerte. “No creo en la familia” (Vásquez, 2000, p. 467), ratifica en su testimonio. Desde niña rechazó los roles tradicionales dados a la condición femenina.

En esta línea algunos testimonios de presas políticas han informado sobre los vejámenes y exclusiones que padecen en las organizaciones armadas, en las que el acoso puede ser frecuente o en el que la protección afectiva de un líder puede ser una salvaguarda frente a los posibles abusos que una jerarquía militar implica. Además, el rol de mujer se complejiza en situaciones de encarcelamiento, pues, por ejemplo, no solo se padece la discriminación en la no recepción de visitas conyugales, sino en las condiciones de los niños y sus madres, en las situaciones de aseo o en el desconocimiento de su lugar político, por mencionar algunos casos, hechos que agudizan la condición de por sí precaria de los presos sociales y políticos en Colombia (Torres y Arias, 2011).

El cuerpo

María Eugenia evoca en muchas de sus reflexiones el cuerpo, el suyo y el de otros, a propósitos de varias situaciones y múltiples contextos. Ideas que asocia, además, a su condición de mujer y que explica como parte de sus esfuerzos por liberarse de un pesado lastre social que prescribe el cuerpo femenino. “Yo he podido ubicar en mi cuerpo muchísimas cosas: los vacíos, los dolores, el placer. Todo lo siento a nivel corporal” (Vásquez, 2000, p. 407).

Ella mantuvo una relación cercana con su cuerpo, de cuidado, de ejercicio, de sensibilidad, de vínculo con los demás. Entendió las armas como una extensión de su cuerpo pese que más adelante las rechazara tajantemente. Vinculando las experiencias de su cuerpo con el recuerdo de los caídos:

el orgasmo es como una transición entre la vida y la muerte. Es encontrar una forma de hacer presentes a los ausentes, a los que habían estado dentro de mi cuerpo, y es como darles vida a través de mi cuerpo. (Vásquez, 2000, p. 290)

Cuenta también que lo primero que hizo cuando salió de la cárcel, fue recuperar su cuerpo para la libertad y el amor. Pasó por su cuerpo el dolor de la pérdida de su hijo: “cómo duele todavía el recuerdo. Imaginaba su cuerpo bajo el césped, sentía frío por él y quería penetrar la tierra para calentarlo con un abrazo infinito” (Vásquez, 2000, p. 433).

Según Elvira Sánchez (2000) el relato de María Eugenia es el de un cuerpo entrelazado en un patrón, a saber:

la violencia que genera violencia: el cuerpo de una sociedad que nace marcado y crece moldeado y amoldando otros cuerpos dentro del esquema de agresión, armas, batallas y luchas interiores que se proyectan al exterior. (Sánchez, 2000, p. 10)

En esta línea parece ser que sobre el concepto de cuerpo se articulan los innumerables momentos de conciencia política y la búsqueda de la identidad femenina en la obra *Escrito para no morir*.

El cuerpo es un instrumento de poder, pero lo es también de resistencia; es un sitio de intimidación, pero lo es también de agresión; es el objeto de encarnizamiento de la violencia, y es igualmente, la permanencia, la memoria de los que mueren y desaparecen. (Sánchez, 2000, p. 11)

Esta reivindicación tiene mucha fuerza en todo su testimonio. La lucha contra una visión tradicional y religiosa del cuerpo que la sociedad encarna, el rechazo contra la concepción y manejo en las mismas organizaciones de izquierda y la búsqueda personal por reconocerse de una nueva forma, en medio de los conflictos y dolores más profundos, hilvanan las ideas de María Eugenia Vásquez sobre sí misma. Es posible interpretar su rechazo a una sociedad que prescribe, normatiza y alindera el cuerpo por determinados parámetros. La libertad política pasa por la libertad del cuerpo.

Las causas, las motivaciones

Asumió la grandeza de la lucha armada en función de su participación en un proyecto mayor, histórico si se quiere, “estábamos en algo. Hablar en plural de nosotros, de la organización, creaba una sensación de comunidad, de pertenencia, de colectivo” (Vásquez, 2000, p. 97). En otras palabras, dice, “entenderme como parte de una historia y heredera de una cultura, le imprimió valor a una actividad como la subversiva socialmente satanizada y, simultáneamente,

le dio valor a mi vida” (Vásquez, 2000, p. 18). Aquí resalta el lugar de la memoria colectiva, en el que el testimonio individual se enarbola como heredero de una tradición mayor que lo justifica y lo respalda.

“Yo aprendí el concepto de patria dentro de la lucha” (Vásquez, 2000, p. 121), afirma. Junto a la justicia y al cambio social, la autora evoca el componente nacionalista de la actividad del M-19, en tal sentido, ubica que el recorrido por las diferentes zonas del país afianzó la convicción de su lucha. En su testimonio, patria y cuerpo se van traslapando en un reconocimiento mutuo de amor y conciencia política. “Los intereses [de Colombia] están absolutamente dispersos y no encontramos un corazón que los centre” (Vásquez, 2000, p. 97). Esa causa la alimenta, aún después de dejar las armas, al punto de afirmar que por eso fue que dejó la lucha armada: “entré y salí del M-19 en el momento en que consideré oportuno hacerlo, me la jugué por el proyecto político hasta donde pude, ahora me iba porque deseaba explorar otros caminos” (Vásquez, 2000, p. 477).

Vale la pena agregar que el aspecto nacionalista acompañó no solo el nombre, sino las consignas de guerra de grupos guerrilleros que invocaban otro orden social y político para la nación. El desprecio a la clase dirigente, el descrédito de la justicia vigente, la impunidad, son flagelos que —dicen— no se desean para un nuevo país por el que vale la pena cualquier sacrificio, incluso la vida. Recordemos la disyunción de los lemas de grupos armados: *Liberación o muerte*, *Patria o muerte*, *Revolución o muerte*, *Socialismo o barbarie*, *Vencer o morir*.

Para María Eugenia Vásquez, el M-19 fue una guerrilla fresca, actual, jovial, “creo que nuestros jefes desacralizaron la actividad revolucionaria. La acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio” (Vásquez, 2000, p. 127). En medio del sectarismo de las otras organizaciones de izquierda, legales e ilegales, la autora concibe al grupo al que se adscribió como una propuesta distinta a las demás, menos teórica, más ligada a las masas.

La muerte

Al decir Vásquez que “mi pasado se parecía a los caminos del país, donde una o varios cruces en cada recodo dejan constancia de la muerte” (Vásquez, 2000, p. 16), vuelve a relacionar su trayectoria con una biografía mayor, en este caso, la del país. Y al mencionar en sus escritos la importancia del fin de la vida se entienden los saltos de los episodios, las sugerencias de su tutor de tesis para entender la muerte desde un punto de vista antropológico y la tragedia para tramitar el deceso de sus amigos queridos, que a su vez tiene que ver con la desgracia de un país que se acostumbra a la violencia. La rutina de la muerte violenta, vuelta espectáculo la

convierte en un acontecimiento banal y la autora se resiste a ello, renunciando a que la muerte sea el simple trasfondo de su historia, así que la vuelve protagonista.

Vásquez señala la inminencia de la muerte en tanto guerrillera. La asocia a la tortura, pero también al suicidio como derecho. El ver tantos muertos y de padecer la muerte de tantos amigos, hace que se declare con la carga de sobreviviente, “sobrado de la historia”, por ello, al final de su relato se pronuncia tranquila frente a la posibilidad de que se le acabe la vida, pues señala que ya cumplió con lo que tenía que hacer. El riesgo de la muerte ante la dinámica de la guerra, la tentativa de provocársela a sí misma con la cápsula de cianuro, el profundo dolor frente a la muerte de sus seres cercanos, de su hijo; la muerte del país y su soledad leída en clave de muerte, son fragmentos salteados de una misma idea, de una constante y de su historia misma, contada —según sus palabras— para no morir o, por lo menos, para darle sentido a lo que le queda de vida.

Para la autora, contrasta este uso con el espectáculo de la muerte que exhibe el Estado de amigos y enemigos, unos y otros armas de guerra, testimonios vueltos armas ideológicas para legitimar o desacreditar, dependiendo de quién sea definida como la víctima o victimario.

Socialización y subjetividad política

La autora describe una infancia tranquila y feliz, al lado de sus abuelos en Cali con alternadas vacaciones y ricas experiencias en el campo. Cuenta que de niña se trasladó a Sevilla, Valle, por cuestiones de trabajo de su padrastró, que era policía, y que esa fue su primera experiencia con la violencia. “Las bajas de ambos bandos se cantaban en público como se hace en las jugadas de billar. La gente comentaba de manera natural que los pájaros habían matado a fulano anoche o que la chusma le había dado a mengano” (Vásquez, 2000, p. 37) y prosigue “veíamos llegar los cadáveres atados a mulas de la gente que había sido muerta por alguno de los dos ejércitos” (Sánchez, 2000, p. 60). Evoca expediciones de caza de animales silvestres con sus parientes, los retos que asume y el orgullo de ser la única hija y mujer en estas actividades propias de hombres: “yo me sentía inmensamente orgullosa de ser tan aguantadora que me aceptaban los duros” (Vásquez, 2000, p. 39).

María Eugenia narra su vida escolar en un colegio religioso, con las rutinas, las oraciones, las pilatunas infantiles y las obras de caridad. Conoce el mundo indígena del Putumayo, pero será su incorporación a un grupo de teatro el que le ofrecerá nuevas perspectivas:

la sensibilidad social cultivada por mi madre y afirmada por las monjas, una rebeldía de adolescente que no sabía por dónde saltar, lecturas nuevas sobre la Guerra Civil Española, el periódico *Frente*

Unido, que dirigía Camilo Torres, y nuevas opciones de acción social, nos cambiaron la vida. (Vásquez, 2000, p. 52)

Agrega que la mayoría de las estudiantes que hacían parte del grupo de teatro pasaron a militar en la izquierda marxista. Confiesa que esta experiencia determinó el rumbo de sus posteriores opciones profesionales y políticas. En una entrevista que le hiciera Elvira Sánchez, María Eugenia relata que en los años sesenta y setenta, antes de su militancia, le tocó vivir la violencia urbana, las represiones a las manifestaciones populares y la violencia policial contra los movimientos estudiantiles.

Motivada por romper con el ambiente clerical de provincia se traslada a Bogotá, se presenta a la Universidad Nacional y empieza a estudiar antropología. Comenta:

ser revolucionario, creer en el cambio, ir contra el orden establecido, luchar por la libertad, entregar la vida por los intereses del pueblo, todas estas ideas se cruzaban, se entretejían, se confundían en los prados y aulas de la universidad. (Vásquez, 2000, p. 65)

Asimismo, valora el aporte y el acompañamiento de los maestros: “Vasco no solo me introdujo en la vida académica sino en la construcción de una nueva ética, la revolucionaria” (Vásquez, 2000, p. 68). Militar en una organización era un imperativo, pertenecer a un grupo daba sentido de identidad y creaba motivo de respeto. María Eugenia no fue la excepción. Abrazó como proyecto el incorporarse a una organización, “decidí esforzarme en ser una buena revolucionaria y prepararme para que ellos me captaran” (Vásquez, 2000, p. 84). En ese momento escoge construir una imagen a la que quería ajustar sus actos, con referencias de honradez, heroísmo, valentía, con imágenes que iban desde los santos de su pasado cristiano, pasando por los superhéroes, hasta los combatientes voluntariosos que teñían la épica revolucionaria en América Latina.

Cuenta que el contexto de la universidad la cambió en su aspecto personal, dejó de dedicarse a sí misma y cuidar su presentación personal, abandonó la minifalda y el maquillaje, dejó el baile y el rock, y en su lugar se aficionó a escuchar noticias para estar enterada de la realidad el país: “en ese ambiente, mi fervor por la causa crecía [...] me sentía ávida de participar más directamente en la revolución” (Vásquez, 2000, p. 83-84). Con su militancia y la necesidad de usar un seudónimo, cuenta una nueva ruptura en su configuración personal. La conspiración, el anonimato, los lenguajes cifrados y el ocultamiento de los pasados empiezan a hacer parte de su vida personal. Encubrir, tapar, ocultar, desinformar se constituyeron en las reglas de la clandestinidad que ahora portaba.

Otro punto clave en la configuración de su subjetividad política tuvo que ver con el relato de su trabajo amplio, como parte de la ANAPO Socialista. El contacto con el pueblo, la asistencia a reuniones, la visita a los barrios, la cotidianidad de la gente contribuyó a su transformación. El fervor de la época le lleva a escribir:

comenzamos a movernos entre la gente como pez en el agua, con mayor solvencia y menos desconfianza. Encontramos que podíamos sumergirnos, pasar desapercibidos, si contábamos con la simpatía de quienes nos rodeaban. Muchas personas nos apoyaron porque creían en nuestro proyecto, pero sobre todo porque confiaban en las personas que conducían la propuesta política. (Vásquez, 2000, p. 140)

Describe su proceso de incorporación al M-19 como un movimiento de conversión cultural o *enculturación* antropológica que consistió en asimilar una cosmovisión clandestina y conspirativa como proyecto de vida. “Dicha cultura involucraba una serie de conductas que se transmitían a la militancia en la práctica cotidiana y se legaban de unas generaciones a otras” (Vásquez, 1998, p. 273).

Otro momento importante tiene que ver con sus dos años de experiencia carcelaria, en un contexto de fuertes violaciones a los derechos humanos justo durante el gobierno de Julio César Turbay. En medio de compañeros y compañeras que tuvieron que aislarse, delatar o morir, ella dice que mantuvo vigentes su compromiso. Allí afirma que afinó la solidaridad y el compañerismo, aprendió nuevas lecciones de conspiración y proyectó futuros posibles. La cárcel no la pudo domar, al contrario, desplegó nuevas iniciativas y contactos con el exterior. Pese a la adaptación a las lógicas temerarias y mercantiles del encerramiento, el vínculo y el sentido de grupo permanecieron, sentencia Vásquez.

Vuelta del exilio y desmoronada por la inexplicable muerte de su hijo, María Eugenia emprende una nueva etapa a partir de 1987. El horizonte de su existencia muta, adquiere un nuevo lente para leer lo que sucede. Sus convicciones tambalean. Cuenta que retornar a la ciudad y recordar a tantos caídos le produjeron un vacío interior. Algunas actividades profesionales, el deseo de retomar sus estudios y el esfuerzo académico-existencial de reconstrucción de su experiencia le permitieron resarcir en parte su vida desgajada. Este momento de crisis revestido por el tránsito de las ciudades en las que tuvo actividad organizativa, las fotografías de infancia, las visitas fallidas a conocidos, encuentros amorosos intempestivos y muchos recuerdos, la confrontó: “yo sentía que había dejado un territorio seguro y que ahora la incertidumbre y la intrascendencia rodeaban mis actos” (Vásquez, 2000, p. 432). En términos subjetivos describe la dificultad de enfrentar la soledad y la individualidad luego de tantos años de apuestas colectivas. También fue confrontada por el testimonio de las gentes corrientes que

padecieron los efectos imprevisibles de las acciones guerrilleras. Afirma que entre el vacío y la libertad, de la mano de su ejercicio autobiográfico, se fue reconstruyendo, emprendió nuevas opciones: “recuperaba las riendas de mi vida aunque no supiera hacia qué rumbo marchar” (Vásquez, 2000, p. 435).

A esta altura, su escritura cambia: entender, comprender, reconstruir son verbos que evocan los términos de una nueva persona que quiere ser y cuyo eje fue la asunción de su particularidad de género.

Por otro lado, está presente en la obra de María Eugenia una tensión entre lo privado y lo público, al punto de reconocer la dificultad que tuvo al publicar su obra en su momento “debido a la poca importancia que concedía al ámbito privado en relación con la política y por el secreto que había acompañado todas mis acciones” (Vásquez, 2000, p. 16).

Conclusiones

Vásquez considera que su empresa y la de sus compañeros contribuyó un poco a cambiar el concepto de política: el sentido nacionalista, la democracia en la lucha armada, el pluralismo y la necesidad de un proyecto autóctono son algunos de los términos que encuentra para justificarse. Comenta que las armas fueron un medio para comunicarle algo al país, eso creía el grupo al que perteneció, así lo hicieron y por eso las depusieron.

Sin embargo,

entre el barro de Aguablanca, la tierra colorada de Siloé y el frío de Las Malvinas de Ciudad Bolívar, quedó la utopía de poder popular que imaginamos. El país entero había jugado a la paz con el dedo en el gatillo y los muertos fueron los soñadores. (Vásquez, 2000, p. 399)

En sus palabras hay un dejo de crítica a la pérdida de convicciones políticas en los nuevos militantes. A punto de retirarse, dice, en la última reunión a la que fue invitada y ante la situación de extrañeza que experimentó frente al grupo afirma que daba la impresión de que todo fuera intrascendente, “como si en ese mar de muertes que dejó la guerra se hubiera perdido su significado inicial de lucha armada como continuación de la política” (Vásquez, 2000, p. 442). Estaba clara su decisión de buscar caminos diferentes, allí afirma que cerró esta etapa de su existencia.

La desmovilización de los noventa de varios grupos armados en Colombia se debe a múltiples factores nacionales e internacionales. En lo nacional tiene que ver la impresionante arremetida militar por parte del Estado y sus aparatos paraestatales contra todo tipo de oposición legal e ilegal, el arrinconamiento y desarticulación de muchos frentes guerrilleros, la ilusión de un orden político distinto al amparo de la Constitución del 91 y la percepción de pérdida de legitimidad de la lucha armada entre ciertos sectores de la población, entre otros. En la dinámica internacional influyeron en el país la caída del muro de Berlín, el final de la llamada Guerra Fría, la pérdida de las elecciones del FSLN, la desmovilización del FMLN y el reajuste de la mirada sobre el socialismo a nivel internacional, entre otros. Estos y otros aspectos de las dinámicas internas y externas que se escapan contribuyeron a un replanteamiento de las luchas políticas de la izquierda no solo en el país, sino en el continente, a un reacomodamiento de las fuerzas alternativas y a una profunda crisis de la idea de cambio vía armada. Lo que en los sesenta se vio como un proyecto, en los noventa se empezó a ver como un error e incluso una tragedia en muchos sectores.

Para la época de la escritura de la obra las armas no le dicen nada a María Eugenia Vásquez o le dicen muy poco. No mueren los guerreros, sino los civiles, a lo que afirma, “pierde el sentido político el ejercicio de la violencia” (Vásquez, 2000, p. 461). Dejar la lucha armada le implicó una crisis de identidad, “no ser guerrillera me dejaba en el limbo” (Vásquez, 2000, p. 461). Las rutinas, los gestos, los contactos, la cotidianidad cobraban nuevas perspectivas en medio de una vida civil: “sólo soñaba con tropezar en la calle con un hombre corriente que se ofreciera a cuidar de mí. Entregar a otro la responsabilidad de mi existencia” (Vásquez, 2000, p. 465). La tortuosa y lenta tarea de reconstruir su identidad le implicó rehacer su pasado, reflexionar sobre las puertas que tantos supuestos amigos le cerraban, “nadie quería quemarse conmigo” (Vásquez, 2000, p. 478). Desandar sus sitios de militancia, adaptarse a la burocracia de un trabajo formal y, finalmente, sentir las punzadas de las contradicciones de un país que le seguía doliendo, fueron algunas de sus nuevas experiencias.

Termina el libro ubicando su lucha en las pequeñas cosas, en lo cotidiano, allí también se construye democracia, libertad —afirma—, “ya peleamos en las grandes ligas; ahora nos tocó las pequeñas” (Vásquez, 2000, p. 481).

En la obra de Vásquez, lo personal y lo político se imbrican detalladamente por todas las páginas. Tienen varios nombres y se solapan en varias causas: cuerpo; lucha; justicia; muerte; mujer; dignidad; el ‘M’; dolor; compromiso; Colombia; guerra; patria; amor; entre otras. Sin duda alguna uno de los mayores aportes de su narrativa es el dejar ver la perspectiva de una generación, de un género y unos sectores que pujaron por esbozar otro sentido de lo que es y puede llegar a ser hombre, mujer, nación.

Por ello, considero que la narración autobiográfica arroja algunas luces sobre la manera de ser de un sector de ciudadanos y ciudadanas que apostaron, ayer con las armas y hoy sin ellas, a la posibilidad de una real apertura democrática en el país y al que muchos no perdonan la transgresión. (Vásquez, 1998, p. 272)

Por último, en las memorias de la autora, se pueden entrever formas de socialización política en Colombia cuyo posicionamiento ante la violencia era inevitable en períodos álgidos de la segunda mitad del siglo XX, consecuencia de una radical desigualdad social, además de la clausura de alternativas políticas producto de una guerra sucia agenciada por gobiernos civiles de corte militar. Aspectos estos que cabalgaron en un desarrollo capitalista que no solo ocasionaba y profundizaba la secular pobreza de grandes sectores de la población, sino que era asesorado desde agencias multilaterales en la lucha contrainsurgente con la anuencia de la clase política y dirigente. Clase incapaz de resolver los problemas acuciantes del país y que en los noventa encontró el ambiente propicio y la fórmula para desvertebrar buena parte de la oposición armada, a la vez que implementaba, en su fase neoliberal, nuevas maneras de sintonizarse con el mercado internacional, así como las remozadas formas de desmontar lo social y violar los derechos humanos.

Referencias bibliográficas

- Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid, España: Alianza.
- Flórez, F. (2001). Reseña de “Escrito para no morir. Bitácora de una militancia” de María Eugenia Vásquez Perdomo. *Revista Colombiana de Antropología*, 37, 341-352.
- Franco, N., Nieto, P., y Rincón, O. (2010). Las narrativas como memoria, conocimiento, goce e identidad. En Franco, N., Nieto, P., y Rincón, O. (Eds.), *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia* (pp. 11-42). Bogotá, Colombia: Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia —FESCOL—.
- Huyssen, A. (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ochando, C. (1998). *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona, España: Anthropos.
- Peris, J. (2008). *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria*. Valencia, España: Universitat de València.
- Sánchez-Blake, E. (2000). *Patria se escribe con sangre*. Barcelona, España: Antrhopos.

Torres, E., y Arias, D. (2011). La pedagogía crítica en la experiencia carcelaria de presas políticas. *Magis*, 7, 27-43.

Uribe, M. (2004). Las palabras de la guerra. *Estudios Políticos*, 25, 11-34.

Vásquez, M. (1998). Diario de una militancia. En Arocha, J., Cubiles, F., y Jimeno, M. (Eds.), *Las Violencias: inclusión creciente* (pp. 266-285). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.

Vásquez, M. (2000). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura de Colombia.

Zuleta, M. (2009). El mundo enigmático de la moral: una hermenéutica sobre el saber alrededor de la guerra en Colombia. *Revista Nómadas*, 31, 27-47.